

Artículo extraído de la revista italiana: **Sodalitium**, nº 42, pág. 3. Título original: *II Papa del Concilio" diciannovesima puntata: Giovanni XXIII e la massoneria*.
Autor: P. Francesco Ricossa.
Fecha: **enero 1996.** Traducido al español. Pág. web: www.sodalitium.it
email: info@sodalitium.it

"EL PAPA DEL CONCILIO"

Décimo noveno episodio:

Juan XXIII y la Masonería

por el P. Francesco Ricossa



Juan XXIII se manifestó varias veces a favor de la valoración positiva de la masonería e inició un diálogo de reconciliación con esta confesión religiosa con el masón G. F. Fisher, arzobispo de Canterbury y primado anglicano (Leyenda y fotos tomadas de P. Esposito, Santos y masones al servicio del hombre)

El 18 de diciembre de 1993, el abogado napolitano Virgilio Gaito fue elegido Gran Maestre del Gran Oriente de Italia, la Obediencia Masónica conocida como Palazzo Giustiniani. Poco después, el Gran Maestre concedió dos entrevistas significativas, la primera a Fabio Andriola, periodista de *L'Italia Settimanale*, la segunda a Giovanni Cubeddu, corresponsal de la revista mensual *Trenta Giorni*, dirigida por Giulio Andreotti. En ambas entrevistas, Gaito menciona a Juan XXIII. Las preguntas y respuestas son similares, con ligeras diferencias. Aquí están.

Andriola preguntó a Gaito: "¿Conoce usted a hay algún sacerdote en las logias del Gran Oriente, se dice que algunos cardenales eran hermanos...?".

El Gran Maestre respondió: "Probablemente. Yo no tengo conocimiento de ellos. **Se dice que Juan XXIII fue iniciado en la Masonería cuando era Nuncio en París**. Informo de lo que me han dicho. Después de todo, he notado muchos aspectos en sus mensajes que son realmente masónicos. Me ha complacido oírles decir que «hay que poner el acento en el hombre» ([1]).

Cubeddu, a su vez, preguntó: «¿Qué dice entonces el nuevo Gran Maestre sobre las candentes relaciones entre la Iglesia católica y la Masonería?».

«Mire —respondió Gaito—, un prelado que quisiera unirse sería recibido con los brazos abiertos. El problema está del lado de la Iglesia, no del nuestro: nosotros acogemos a todos los hombres libres, a los espíritus libres. El Papa Juan XXIII, después de todo, parece que se inició en París y **participó en los trabajos de los talleres de Estambul**. Cuando oí entonces a las jerarquías eclesiásticas hablar en homilías sobre el hombre como centro del universo, me emocioné hasta derramar lágrimas» ([2]).

El Gran Comendador del Supremo Consejo de la Masonería Mexicana, Carlos Vásquez Rangel, también reveló recientemente que Angelo Roncalli fue supuestamente iniciado en la Masonería en París ([3]).

Estas entrevistas del Gran Maestro de la Masonería italiana plantean con autoridad una cuestión muy importante: ¿cuál era la relación entre Juan XXIII y la Masonería? Y, de hecho: ¿era Angelo Giuseppe Roncalli un hermano masón?

Según Virgilio Gaito, la respuesta es la siguiente:

1) Parece que A. G. Roncalli frecuentaba las Logias de Estambul.

2) Parece que A. G. Roncalli fue iniciado en la Masonería en París.

3) En cualquier caso, en opinión del Gran Maestre, que es sin duda un entendido, **muchos aspectos del pensamiento de Juan XXIII son efectivamente masónicos**.

Ya hemos expresado nuestra opinión sobre las noticias emanadas de miembros de la Masonería en relación con las «revelaciones» de Pier Carpi ([4]). Aunque Virgilio Gaito tenga más autoridad que Pier Carpi, debemos reiterar que, para nosotros, la palabra de un masón es, *a priori*, sospechosa. El propio Gaito no da por sentada la afiliación de Juan XXIII a la Masonería. No obstante, su testimonio tiene peso y merece ser escrutado en busca de pruebas de sus graves afirmaciones. Y el propósito de este punto, que nos obligará a volver al pasado de nuestro personaje...

El Gran Oriente en Oriente (Bulgaria, Grecia, Turquía)

La cuarta entrega de «El Papa del Concilio» («Un ecumenista en los Balcanes: 1925- 1939») y la siguiente ("De la Segunda Guerra Mundial al nombramiento en París: 1939-1944) estaban dedicados al período que Monseñor Roncalli pasó en esa región, como representante de la Santa Sede, primero en Bulgaria y luego en Turquía ([5]). **Según Pier Carpi, se afilió a los Rosacruces en 1935**, **nada más llegar a Estambul**. **Según Gaito, sólo asistió a las logias sin ser iniciado**. No tenemos confirmación explícita de esta información. Sin embargo, podemos demostrar que no es en absoluto descabellada. Ya hemos hablado de sus **relaciones amistosas**, más allá de las funciones de diplomático, con la jerarquía «ortodoxa» y con el gobierno turco. Ahora bien, en ambos casos, cabe suponer un contacto con el mundo masónico. Es bien sabido, en efecto, que las confesiones anglicanas y «ortodoxa» no tienen hacia la Masonería las mismas prevenciones que la Iglesia católica. El «Patriarca» de Constantinopla, Atenágoras, que comparó a Juan XXIII con San Juan Bautista, era, por ejemplo, un alto dignatario de la Masonería ([6]). El gobierno turco, entonces, no sólo era de un sello rígidamente secularista, sino que emanaba de una sociedad secreta, los **«Jóvenes Turcos»**, apoyada por la **Logia Masónica de Tesalónica** y compuesta en gran parte por miembros de una «secta judía (los *Dunmeh*) que profesaban el Islam externamente, pero mantenían los cultos judíos en el secreto de sus hogares» ([7]). Estos «amigos» pueden haber introducido la Masonería a nuestro protagonista. Por otra parte, la actitud y los discursos de Roncalli, relatados en las páginas precedentes de *Sodalitium*, indican claramente cómo el Ar-

zobispo Roncalli, **si no era un iniciado, tenía «aspectos que son verdaderamente masónicos»**, tomando prestada la feliz expresión del Gran Maestre.

Con los masones de la Tercera República

Y en París, según Gaito y Vásquez Rangel, Monseñor Roncalli habría sido iniciado en los secretos de los «Hijos de la Viuda». A lo ya dicho en *Sodalitium* ([8]) pueden añadirse algunas precisiones. La estrecha amistad del Nuncio con dos acérrimos anticlericales, el socialista Vincent Auriol y el radical Edouard Herriot, asombró al políticamente astuto mundo parisino. Ahora, el historiador de la Masonería Aldo Alessandro Mola señala que tanto Auriol como Herriot eran miembros de la Masonería ([9]). El embajador de España en París, Miguel Mateu Pla, fue prácticamente puesto en la puerta de la nunciatura por el arzobispo Roncalli, a quien evidentemente no le gustaba el representante del general Franco tanto como a Auriol y Herriot. «En otra ocasión —puramente ceremonial— el embajador de España (...) quedó asombrado por una declaración hecha en su presencia por el nuncio Roncalli, en tono casi confidencial, a algunas personalidades católicas. El nuncio **expresaba su amistad y estima por la persona y la obra del ministro de Educación del Gobierno francés**; le consideraba —según sus propias palabras— «muy bueno». Habiendo sido advertido de que, en Francia, desde los tiempos de Combe, **todos** los ministros de educación han sido **masones**, que su muy querido amigo también lo era, Mons. Roncalli mostró ostensiblemente su decepción por el comentario que se le hizo» ([10]).

Otro indicio de la afiliación masónica de Roncalli se encuentra en su **amistad con el Barón Marsaudon**, atestiguada por este último en tres libros que publicó ([11]). Como ya he hablado de esto en páginas anteriores, resumiré en detalle lo ya dicho, con algunos detalles nuevos. Marsaudon y el Nuncio Roncalli se conocieron en 1947 y se hicieron amigos, aunque **Marsaudon no ocultaba su filiación masónica**. El motivo de los primeros contactos fue la pertenencia del Barón a la **Orden de Malta**: Marsaudon pidió a Roncalli su apoyo para dar a conocer la Orden en los países de América Latina. Marsaudon, de hecho, había sido iniciado en la Masonería en 1926 por Pierre Valude, quien en el mundo secular era Ministro de la Marina Mercante y, al cabo de un año, enviado por él a Sudamérica como representante de las compañías navieras francesas. Trabajó de 1927 a 1932 para el gobierno francés y la Masonería (¡que eran la misma cosa!) y conocía muy bien las logias sudamericanas. Habiendo regresado a Francia y ascendido a

los más altos grados masónicos siguiendo al gran iniciado espiritualista Oswald Wirth ([12]), **Marsaudon** fue nombrado después de la guerra por el **Gran Maestre de la Orden de Malta**, Frey Ludovico Chigi Albani della Rovere, Ministro Plenipotenciario en misión especial de la Soberana Orden Militar de Malta (S.M.O.M.). Naturalmente, gracias a su apoyo masónico, obtuvo del gobierno francés el reconocimiento oficial de la Delegación de la Orden en Francia. La Orden de Malta había confiado a Marsaudon la tarea de obtener el mismo reconocimiento en Sudamérica, por lo que acudió al Nuncio Roncalli en busca de consejo. Según el Barón, desde entonces Monseñor Roncalli se convirtió en **su «protector» y «confidente».** En sus largas conversaciones, tanto en la nunciatura como en la residencia de Marsaudon, ambos hablaron de los problemas de la Orden de Malta, «las relaciones entre la Iglesia y la Masonería», «los problemas espirituales», «el acercamiento entre las diferentes Iglesias cristianas» ([13]). Según Marsaudon, **Roncalli** le dijo: «**No es la creencia o no creencia en Dios lo que me preocupa, sino la verdadera concepción de Cristo, especialmente como Jesús-Hombre**». Roncalli, «**nunca habló del infierno** sino, con frecuencia, de una vida futura que evitó cuidadosamente definir. No debe olvidarse que había estado en Oriente durante diez años, y que no sólo se acercó a los Patriarcas ortodoxos, sino que no olvidó que eran los continuadores de los cristianos más cercanos a los Apóstoles y que habían evitado cuidadosamente algunas de esas novedades que fueron acogidas con entusiasmo (...) en los círculos católico-romanos» ([14]).

Entre estas novedades estaban **la infalibilidad del Papa, sobre la que** él **mantuvo voluntariamente silencio**, y la Asunción de María, que Pío XII se disponía a definir dogmáticamente ([15]). En materia de Masonería, el Nuncio "no desdeñó interesarse" por las "modestas concepciones" de Marsaudon sobre las "relaciones entre la Iglesia y la Masonería" ([16]), "trató amablemente de captar el sentido de la iniciación (…) que no es en absoluto incompatible con la fe, de lo que estaba cada vez más convencido" ([17]), hasta el punto de que "formalmente" **aconsejó al Barón "permanecer en la Masonería**" ([18]). El carácter y las ideas de Roncalli, según Marsaudon, coinciden con el retrato que de él hizo **otro dignatario y diplomático masón** suizo, su amigo en la época de la nunciatura parisina, Carl J. Burckardt: «**Es deísta y racionalista** (...). **Cambiará muchas cosas; después de él, la Iglesia ya no será la misma**» ([19]).

En resumen, todo iba bien (desde el punto de vista de Marsaudon) cuando estalló el escándalo de la Orden de Malta.

La Orden de Malta bajo investigación

Roma, 14 de noviembre de **1951**: Muere Ludovico Chigi Albani della Rovere, Gran Maestre de la **Orden de Malta**. Los Caballeros debían reunirse para **elegir un sucesor**, pero no lo hicieron. No pudieron hacerlo: Pío XII lo había prohibido terminantemente. El Papa nombró una comisión de cardenales encargada de reformar (o suprimir) la Orden de Malta y, **mientras vivió el Papa Pacelli, los Caballeros ya no tuvieron Gran Maestre**. Todo se resolvió el 24 de junio de 1961. En esa fecha, festividad de San Juan Bautista, patrono de la Orden (y de la Masonería), **Juan XXIII** recibió a los Caballeros en el Vaticano y para gran satisfacción de ellos hizo público el Breve con el que suprimió la Comisión Cardenalicia establecida por Pío XII y aprobó las nuevas constituciones de la Orden, **autorizándola a elegir un Gran Maestre**, que, en mayo del año siguiente, fue Fray Angelo de Mojana, primo de Monseñor Mario Nasalli Rocca di Corneliano, "Maestro de Cámara de Su Santidad" ([20]).

Pero ¿por qué Pío XII dejó la Orden sin Gran Maestre durante tantos años, gobernada únicamente por un Lugarteniente General y bajo la observación de una Comisión de Cardenales?

El hecho es que había muchos problemas**: poco o nada habían conservado** los Caballeros de su carácter de Orden religiosa y muy pocos eran los miembros profesos que habían hecho votos. Ya en 1799, en la tormenta de la Revolución, un cismático como el Zar de Rusia había sido elegido Gran Maestre (1799-1800), y en el siglo pasado no pocos caballeros anglicanos habían sido recibidos por el Gran Maestre, antes de fundar una rama separada, la Orden de San Juan, vinculada a la monarquía inglesa (muy masónica) ([21]). El **ecumenismo** *ante litteram* [precursor del actual – ndt] de la Orden es proclamado por el mismo hermano Marsaudon ([22]). Pero, sobre todo, lo preocupante era la **infiltración de la Masonería** en la Orden de Malta ([23]). Esta infiltración está documentada y admitida por los propios masones, como Marsaudon y Mola ([24]). Así es como intervino el cardenal Nicola Canali ([25]), en su calidad de "Gran Prior Comendador en Roma de la Sagrada y Soberana Orden Militar de Jerusalén de Malta", pues tenía motivos para interesarse por la Orden. Sus enemigos le acusaron de querer suprimir o reformar la Orden de Malta para ponerla directamente bajo el control de la Santa Sede, y en particular de la Orden del Santo Sepulcro, de la que era Gran Maestre ([26]). En realidad, el espíritu de fe del cardenal Canali, que había contribuido en la batalla antimodernista de San Pío X, estaba alarmado por las infiltraciones masónicas mencionadas anteriormente. Esto lo demuestra la "nota del editor" del libro de Marsaudon, *L'Æcumenisme vu*

par un francmçón de Tradition". "Fuertemente atacado por el clan integrista bajo el Pontificado de Pío XII —escribe el editor Vitiano sobre Marsaudon—, renunció como Plenipotenciario de la Orden, pero fue inmediatamente promovido a la alta dignidad de Ministro Emérito, que es el único Caballero de Malta que actualmente ostenta. El Gran Maestre de Malta, en su lucha contra el Cardenal Canali, nunca abandonó al Barón Marsaudon, quien, por su parte, se esforzó por seguir prestándole servicio en los niveles diplomático y hospitalario" ([27]). Por lo tanto, ¡fue el propio Marsaudon quien fue descubierto y, en consecuencia, obligado a renunciar!

En este punto, el relato del episodio contado por el polémico Franco Bellegrandi ([28]) no parece del todo infundado y aclara aún más el asunto. "Durante ese período francés —escribe Bellegrandi— tuvo lugar un incidente, desconocido para la mayoría, que por un momento desveló la presunta pertenencia de Roncalli a la secta masónica. Su Alteza Eminentísima el Príncipe Chigi Albani della Rovere (...) había recibido (...) una carta del Cardenal Canali, tan pesada como una piedra: **Pío XII** (...) **acababa de enterarse** (...) **de que el ministro de la Orden de Malta en París era masón**. (...) Se descubrió (...) que [Marsaudon] había sido nombrado «gran cruz magisterial» a propuesta de su predecesor [de Pierredon] y, sobre todo, nombrado ministro por recomendación del nuncio en París, Roncalli. El resultado de esa primera investigación fue comunicado inmediatamente al cardenal Canali en el Vaticano, a quien se le oyó exclamar: '¡Pobre Roncalli! Siento tener que avergonzarlo y espero que eso no le cueste la prisión cardenalicia...'. El Vaticano ordenó confidencialmente que la Orden enviara inmediatamente una persona de confianza a París para llevar a cabo a fondo la delicada investigación. De hecho, los tres personajes implicados en la historia debían ser tratados con consideración. El nuncio, por su valiosa contribución a la Orden de Malta al concluir ciertos asuntos delicados en Argentina; el conde de Pierredon, por sus muchos años de servicio, primero en Bucarest y luego en París; y el propio barón Marsaudon, por su meritorio compromiso para obtener el reconocimiento oficial de la Orden por parte del gobierno francés. Un capellán profeso de la Orden, monseñor Rossi Stockalper, fue nombrado magistrado visitador. Fue a París y consultó con el padre Joseph Berteloot, jesuita experto en asuntos masónicos, y con el vicario general de la diócesis, monseñor Maurice Bohan. Ambos confirmaron la afiliación de Marsaudon. El magistrado visitador, con gran pesar, se dirigió entonces al número 10 de la *avenida Presidente Wilson*, sede de la nunciatura. Con mucho tacto le pidió a Roncalli información detallada sobre el barón masón. El gordo cura de Sotto il Monte, entre una sonrisa y una bro-

ma, envió al capellán de la Orden de Malta de vuelta al secretario de la nunciatura, monseñor Bruno Heim. Este sacerdote, convertido ahora en *legado apostólico* en Gran Bretaña, acabó por asombrar al enviado de Roma, primero con su *clergyman* y la pipa entre los dientes, luego con sus asombrosas declaraciones sobre la Masonería, a la que definió como «una de las últimas fuerzas de conservación social que existen en el mundo y, por tanto, una fuerza de conservación religiosa», y con un entusiasta juicio sobre el barón Marsaudon que había tenido el mérito de hacer comprender a la nunciatura el valor trascendente de la Masonería. Precisamente por este mérito, el nuncio en París, Angelo Giuseppe Roncalli, había apoyado y avalado su nombramiento como ministro de la Orden de Malta en París. En aquel momento, Monseñor Stockalper quedó estupefacto y recibió el golpe definitivo cuando, protestando porque el canon 2335 del Derecho Canónico prevé la excomunión para los miembros de la Masonería, oyó a su interlocutor responder (...) que '**la nunciatura de París trabajaba en gran secreto para reconciliar a la Iglesia católica con la Masonería**'. ¡Era el año 1950! ([29]).

El episodio, según lo narra Bellegrandi, es totalmente plausible y se corresponde con lo que ya sabemos por otras fuentes. Monseñor Heim, de Basilea, es de hecho de ideas liberales-monárquicas y, por lo tanto, muy sensible al estilo anglosajón de la Masonería, una fuerza segura para la conservación social. Trasladado a Austria tras el incidente parisino, se encontraba en Escandinavia cuando, en la asamblea plenaria de la **Conferencia Episcopal Escandinavo-Báltica, del 21 al 23 de octubre de 1966**, dichos obispos decidieron no exigir la abjuración de los masones que fueron recibidos en la Iglesia, **permitiendo así la doble pertenencia**, a la Iglesia y a la Masonería. Ahora bien, según informa Mola, **esta decisión fue preparada** «**por el delegado apostólico** para Escandinavia, monseñor Bruno B. Heim, **secretario de Juan XXIII cuando este era nuncio en París**» ([30]).

¿Cuál era, por otra parte, el clima que se respiraba en ciertos círculos católicos franceses (y también alemanes) en aquellos años? El sacerdote jesuita Joseph Berteloot, al que el visitador romano se había dirigido para obtener información, fue un pionero de la reconciliación entre la Iglesia y la Masonería simbólica (en clave antimaterialista) desde 1947, y un amigo íntimo del masón Albert Lantoine ([31]); sus libros sobre una posible reconciliación datan precisamente de 1947 y 1952, ¡los años de la nunciatura de Roncalli! Los contactos entre ciertos masones y la nunciatura en París, la creencia generalizada en una colaboración posible, las ideas de Monseñor Heim y las de Monseñor Roncalli, su amistad con Marsaudon, Herriot, Auriol... Todo lleva a la conclusión de **que la iniciación masónica de Monseñor Roncalli en París no es nada improbable**. En todo caso, un hecho es

cierto: Pío XII, al tomar posesión de la Orden de Malta, aprobó las preocupaciones del cardenal Canali; Juan XXIII, por el contrario, revirtió la decisión de su predecesor y dio nuevamente luz verde a la infiltración masónica en la Orden. ¿Solo en la Orden, o también en la Iglesia? Y eso es lo que veremos. Mientras tanto, menos de dos meses después de la audiencia con los Caballeros de Malta, falleció el anciano cardenal Canali, sin que su antagonista, Angelo Giuseppe Roncalli (32), lo llorara en absoluto.

Sombras masónicas sobre los Cónclaves

Trasladado a Venecia en 1953, el cardenal Roncalli reiteró su antiguo principio, con un cariz «propiamente masónico» ([33]), de que debemos fijarnos en lo que nos une, no en lo que nos divide. Continué en contacto con los hermanos masones Auriol y Marsaudon. En 1958, falleció Pío XII, y nuestro personaje fue elegido, con el nombre de Juan XXIII. Ya hemos hablado de la extraña certeza de Roncalli de ser él el elegido por el cónclave, certeza alimentada por las inquietantes profecías del esotérico Jean-Gaston Bardet ([34]). También mencionamos el papel desempeñado por la Masonería en el cónclave de 1963, que tuvo lugar después de la muerte de Juan XXIII y concluyó con la elección de Pablo VI ([35]). Respecto a este último acontecimiento se pueden hacer algunas aclaraciones. El experto vaticano Benny Lai lo ha mencionado explícitamente dos veces ([36]). Pero una primera y discreta pista vino de una persona ciertamente bien informada (¡en varios aspectos!): Giulio Andreotti.

“En los días inmediatamente anteriores al cónclave —escribe Andreotti—, se produjo una considerable actividad precisamente en torno a los cardenales Frings y Lercaro, quienes habían desempeñado un papel destacado [como líderes del frente progresista, nota del editor] en la primera sesión del Concilio. Para gran sorpresa de los habitantes de Grottaferrata, por ejemplo, se celebró una gran reunión de cardenales, italianos y extranjeros, por invitación del arzobispo de Colonia, Frings. Uno de los participantes me comentó, medio en serio y medio en broma, que ya existía una mayoría canónica: no especificó, ni le pregunté, quién era el beneficiario de la elección. Pero una serie de elementos confirmaron mi predicción del éxito de Montini” ([37]).

Andreotti no nos dice quién era su informante; quizá el dueño de la casa, a quien olvida nombrar... La reunión no tuvo lugar, de hecho, en una de las numerosas casas religiosas de Roma y sus alrededores, sino en la villa del «abogado Umberto Ortolani, que más tarde se vería involucrado en los asuntos de la logia masónica P.2 y en la quiebra del Banco Ambrosiano, en

aquel entonces un ‘gentilhombre’ de Lercaro, [una villa que] ya había acogido a Frings para permitir al arzobispo de Bolonia «hablar extensamente sobre los asuntos del Concilio con total tranquilidad» (G. LERCARO, *Lettera dal Concilio*, 1962-1965, EDB, Bolonia 1980, pág. III)» ([38]). Quizás el minicónclave de Grottaferrata designó al cardenal Lercaro, el “hombre” de Ortolani. Pero otra reunión, celebrada en el convento de los capuchinos de Frascati, prefirió en cambio a Montini; estaban presentes la flor y nata más destacada del progresismo: los cardenales Liénart, Frings, Suenens, König ([39]), Alfrink ([40]). Juan XXIII habría apreciado ambas elecciones: en marzo de 1963, unos meses antes de morir, le confió a monseñor Pietro Sigismondi, de Propaganda Fide, de Bérgamo: «Tengo las maletas hechas y confío en que quien venga después de mí completará el poco bien que he hecho, en primer lugar, el concilio. Ahí están Montini, Agagianian y Lercaro» ([41]). Así fue como Montini visitó a Lercaro, en la tarde del 18 de junio, en la casa de las Benedictinas Oblatas Regulares de Priscila, en la Vía Salaria, en Roma, congregación religiosa fundada por el tío de Andreotti, Don Belvederi, y allí se pusieron de acuerdo en nombrar a Montini ([42]), quien entonces naturalmente declaró que “nunca había deseado en lo más mínimo, y mucho menos ser favorecido, nuestra elección”. ([43]).

Las reuniones para orientar el Concilio y luego el inminente Cónclave se celebraron pues en casa de un masón como Ortolani, que ya tenía un cierto papel en el Vaticano bajo Juan XXIII. Que el papel de Ortolani y de la Masonería en la elección de Pablo VI no fue secundario lo confirmó el sacerdote salesiano Don Pier Giorgio Garrino, quien hasta su trágica muerte en agosto de este año [1996] desempeñó importantes funciones en la Curia arzobispal de Turín. Sé, de fuente fidedigna, que Don Garrino sostenía que la elección de Pablo VI fue favorecida por la Masonería.

Teniendo en cuenta estos presupuestos (las condiciones de elección de Montini, la certeza de Roncalli de ser elegido, la “profecía” respecto a Bardet), no parece del todo improbable otra afirmación de Bellegrandi según la cual Paolo Sella, de la conocida familia Biella, sabía antes del Cónclave de 1958 que el candidato elegido sería Angelo Giuseppe Roncalli. ¿De quién lo oyó? “De una alta autoridad masónica en contacto con el Vaticano” ([44]).

Sea como fuere, tan pronto como fue elegido Juan XXIII recibió los más cálidos elogios del barón Marsaudon, y él a su vez recibió la respuesta de su amigo: «para nosotros nos ilusionó grandemente —escribió Marsaudon más tarde— pero para muchos de nuestros amigos fue una señal» ([45]).

Aldo A. Mola comenta el asunto de esta manera, no sin un guiño a la intelectualidad: «Habiendo sido ascendido Gamberini a la Gran Maestranza, fijándose en el texto de la *Mater et Magistra* de aquel Monseñor Angelo Roncalli que para su pontificado había elegido el nombre de Juan, esto es, del apóstol 'que viene en la luz del Señor', cuyo evangelio es abierto sobre el altar de las Logias, y que en el barón Yves Marsaudon, el amigo de los años de la nunciatura en París, incluso después de haber ascendido al Triregno, habría bendecido a todos los *cofrades*» ([46]). A buen entendedor, pocas palabras bastan..



El abogado Umberto Ortolani, que más tarde se vería involucrado en los asuntos de la logia masónica P.2 y en la quiebra del Banco Ambrosiano, fue en los años 60 un "gentilhombre" del cardenal Lercaro.

Juan XXIII no condena la Masonería

Hasta ahora, volviendo sobre nuestros pasos, hemos reexaminado las relaciones de Angelo Roncalli con la Masonería o, al menos, con algunos masones. Debemos ahora preguntarnos cuál fue la actitud de Juan XXIII, una vez elegido para el Pontificado.

Un primer hecho significativo es éste: **Juan XXIII nunca condenó la Masonería** ([47]) – Esto es aún más asombroso si se considera el hecho de que, desde la Bula *In eminenti* del 28 de abril de 1738, con la que Clemente XII condenó por primera vez la Masonería y excomulgó a sus seguidores, los Papas produjeron incesantemente una «enorme cantidad de documentos condenando y excomulgando» a la Masonería. Según el Padre Esposito, "aún no se ha hecho una estadística exacta, pero hasta donde ahora es posible argumentar con alta probabilidad, este *corpus antimasónico* no debería ser menos de 400-450 documentos" de los cuales 145 por Pío IX solo y ¡más de 226 por León XIII ([48])! En esta "guerra" (para utilizar una expresión del Padre Esposito) entre la Iglesia y la Masonería, la última voz papal que se alzó contra la secta fue la de Pío XII, siempre el 23 de mayo de 1958, unos meses antes de su muerte. Luego, nada en absoluto, una serie de documentos conciliatorios, primero de las conferencias episcopales, luego de la "Santa Sede", que culminaron con la abrogación de la excomunión, el 28 de noviembre de 1983 ([49]).



La estatua de Lercaro, en S. Petronio en Bolonia, obra de Manzù encargada por Umberto Ortolani

Ignorando el cambio de rumbo producido por Juan XXIII, los obispos siguieron condenando la Masonería durante algún tiempo, como lo hizo el episcopado argentino en 1959 y el de Ruanda Urundi en 1961 ([50]). Al mismo

tiempo que la declaración de los obispos de Ruanda, según la cual la Masonería era un instrumento de Satanás, el padre jesuita Michel Riquet, "con el acuerdo de las autoridades eclesiásticas", celebró una conferencia en la logia Volney en Laval, Francia, el 18 de marzo de 1961... Por primera vez, bajo Juan XXIII, el público en general fue consciente del diálogo que se estaba desarrollando entre algunos exponentes de la Masonería y la Iglesia. El gran punto de inflexión había comenzado.

El punto de inflexión de Juan XXIII

Si Juan XXIII interrumpió la cadena de condenas y excomuniones que unía a todos sus predecesores guardando silencio sobre la Masonería, no se puede decir que permaneciera indiferente ante esta cuestión. Según el consenso unánime de los expertos, es bajo su pontificado que se produce el punto de inflexión y se abre por primera vez el diálogo.

Demos la palabra a los testigos. El Gran Maestro de la Gran Logia de Francia, **Dupuy**, declaró que "Juan XXIII y el Vaticano II dieron un impulso formidable a la obra de clarificación y desarme mutuo en las relaciones entre la Iglesia y la Masonería" ([51]). **Léon de Poncins**, gran enemigo de la Masonería, escribió: "La campaña de acercamiento entre la Masonería y la Iglesia católica permaneció, sin embargo, en estado latente bajo el pontificado de Pío XII. El fuego ardía bajo las cenizas, pero los progresistas que habían ganado considerable influencia en la Iglesia se dieron cuenta de que sus esfuerzos no tenían esperanza mientras Pío XII viviera. (...) Con la elección de Juan XXIII se produjo una brusca explosión (...). Se tenía claramente la impresión de una campaña internacional, metódicamente organizada" ([52]). El entonces Gran Maestro de la Masonería, Salvini, declaró en 1970: «Juan XXIII ha publicado recientemente un documento muy cercano a nuestro comportamiento sobre este tema [consistente en no preguntar a nuestros hermanos cuál es su religión] y de hecho la *Mater et Magistra* y la *Pacem in terris* ofrecen ideas muy sugerentes sobre el acercamiento humano incluso allí donde existen diferencias ideológicas» ([53]).

El masón *Volpicelli* declaró que "hay dos Pontífices recientes igualmente bienvenidos en las dos comunidades [Iglesia y Masonería], el Papa Juan y el Papa Wojtyla" ([54]). En un lenguaje francamente masónico, el **Padre Esposito** nos asegura que «en cuanto a la comunidad eclesial, ni siquiera hace falta demostrar que, a partir del Papa Juan y el Concilio, se ha transformado en un lugar de trabajo donde canteros, escultores y artistas de todas las especialidades, arquitectos y capellanes, se dedican a una actividad

improbable y meticulosa, con la intención de construir la nueva catedral del futuro» ([55]).

El católico **Alec Mellor**, quien ingresó a la Logia con el permiso del cardenal arzobispo de París, monseñor Maurice Feltin, escribe: «La fase final [del alto el fuego] debía prepararse con el *aggiornamento* deseado por Juan XXIII y el Vaticano II, y luego por Pablo VI» ([56]). **Roberto Fabiani** escribe: «Fue Juan XXIII quien rompió el hielo **con una disposición aprobada en completo silencio: autorizó a los protestantes convertidos al catolicismo y miembros de la Masonería a permanecer tranquilos en las logias**. Desde entonces, las señales de contactos se han multiplicado...» ([57]). El padre jesuita José Antonio **Ferrer Benimelli** confirma la postura posibilista de Roncalli sobre la doble membresía: «Y esto [que la Masonería es una asociación en la que pueden estar todos los creyentes] fue muy bien comprendido por Juan XXIII y Pablo VI, así como por el predecesor del cardenal Ratzinger en el mismo cargo, el cardenal Seper, quien ya en 1972 esperaba la posibilidad de la presencia de católicos dentro de la Masonería» ([58]).

Lo mismo afirmó **Marsaudon**: "Mons. Roncalli me aconsejó formalmente permanecer en la Masonería. (...) Me recibió en Castel Gandolfo en mi calidad de Ministro Emérito de la Orden de Malta, y me dio su bendición, renovando su estímulo para una obra de acercamiento entre las Iglesias, así como entre la Iglesia y la Masonería Tradicional (es decir, regular)" ([59]).

Esta breve reseña establece que, en opinión de quienes han estudiado el tema, el gobierno de Juan XXIII ha cambiado la intransigencia secular de la Iglesia hacia la Masonería por una apertura que llega hasta permitir una doble pertenencia: a la Iglesia, ciertamente, y a la Masonería.

Las grandes concordancias entre Roncalli y la Masonería

El Padre Esposito ha estado involucrado en el diálogo con la Masonería desde 1967. Para demostrar la legitimidad y posibilidad de este diálogo, escribió numerosas obras, algunas de las cuales se citan en este artículo, incluyendo *Las grandes concordancias entre la Iglesia y la Masonería*. En realidad, las "concordancias" en cuestión no existen entre la Iglesia y la Masonería, sino entre ésta y Juan XXIII, Pablo VI y Juan Pablo II. Para confirmar estas concordancias, el Padre Esposito cita no sólo las relaciones directas de algunos hombres de la Iglesia con la Masonería, sino también aquellos con asociaciones o principios que, aunque no explícitamente masónicos, fueron fundados o deseados por la Masonería, a saber, la Sociedad de las Naciones (y luego la ONU) con la Declaración Universal de los Derechos

Humanos, la Cruz Roja, el Escultismo y el Rotary Club. En este artículo abordo las relaciones de Juan XXIII con estas organizaciones.

I) **La ONU y la Declaración de los Derechos del Hombre**. El 10 de diciembre de 1948 la O.N.U. votó por una Declaración de los Derechos del Hombre que, en nombre y contenido, retomaba la de la Revolución Francesa, ya condenada por el Papa Pío VI. Pero «con Juan XXIII», escribe Esposito, comienza la era de la superación del narcisismo católico. La aceptación de las reglas del diálogo y del ecumenismo inaugura la ley de la reciprocidad, en el sentido de que se admite la existencia y el reconocimiento explícito de los propios valores y de los de los demás (...).

En la encíclica *Pacem in terris* (11 de abril de 1963), el Papa Juan hace una referencia explícita y elogia tanto a la ONU como a la Declaración Universal de Derechos del hombre: «El objetivo esencial de las Naciones Unidas es mantener y consolidar la paz entre los pueblos, desarrollando entre ellos relaciones amistosas **fundadas en los principios de igualdad**, respeto mutuo y cooperación multifacética en todos los sectores de la coexistencia. Un acto de suma importancia, realizado por las Naciones Unidas, es la Declaración Universal de los Derechos del hombre, aprobada por la Asamblea el 10 de diciembre de 1948... Se han planteado objeciones y reservas fundadas sobre algunos puntos concretos de la Declaración. Sin embargo, es indudable que el documento marca un paso importante hacia la organización jurídico-política de la comunidad mundial» ([60]). Juan XXIII, por tanto, aprueba sustancialmente (aunque con reservas generales) lo que la Iglesia ha condenado.

II) **Escultismo**. Tras haber demostrado los orígenes masónicos del Escultismo (págs. 297-300) y su lenta asimilación por los católicos tras la muerte de San Pío X, el Padre Esposito relata un discurso de Juan XXIII con ocasión de la peregrinación internacional de los Scouts católicos el 13 de junio de 1962. «El pontífice (...) como era su costumbre, enfatizó la búsqueda de puntos de acuerdo entre los diferentes componentes humanos, dejando en segundo plano, de hecho, ni siquiera mencionando, los puntos de disenso y de fractura». «El encuentro de vuestro servicio joven y audaz —dijo— contribuirá a superar toda barrera residual entre los seres humanos, ayudando a todos a reconocerse como hijos de Dios y miembros de una gran familia. En esto reside el éxito de vuestro Movimiento; en esto reside su honor y su gloria.» ¿Juan XXIII pretendía estimular a los scouts católicos a convertir a todos los infieles a la única Iglesia de Cristo? o, tal como suena el texto, ¿pretendía devolver al Escultismo «uno de los aspectos más auténticos del movimiento» que su catolización había despojado, a saber, «el de la tolerancia interconfesional»? ([61]).

III) **El Club Rotario**. Prezzolini escribió: "Los rotarios son un poco como los *Boy Scouts* que han envejecido y se ven favorecidos por el éxito..." ([62]). El conocido escritor tal vez ignoraba cuánto tenía razón, al menos en lo que se refiere al origen común de ambas asociaciones. El padre Esposito, de hecho, recuerda el alma masónica de Rotary (lo mismo podría decirse de asociaciones similares) con estas esclarecedoras palabras: «La relación entre esta organización y la Masonería (...) es estructural, no solo por su fundación, que tuvo lugar el 23 de febrero de 1905 por el abogado Paul P. Harris, de Chicago, y tres colegas, masones como él, sino también por la estructura ideológica y jurídica del Club, que toma lo mejor del mensaje iniciático, para insertarlo en la sociedad secularizándolo, es decir, excluyendo los aspectos vinculantes e iniciáticos, que —excluyendo siempre claramente la confesionalidad religiosa— tienen una cierta sacralidad propia, aunque sea secular». La posición de la Iglesia no podía ser, pues, otra que adversa al Rotary Club. En España (23 de enero de 1929), en Holanda y en algunos países de América Latina, los obispos simplemente prohibieron a todos los católicos unirse al Club. En cuanto a la Santa Sede, dos documentos del 15 de enero de 1929 y del 11 de enero de 1951 prohibían a los eclesiásticos unirse a ella. Para los laicos, especifica el decreto aprobado por Pío XII, "debe ser exhortado a observar lo que prescribe el canon 684 del Código de Derecho Canónico". Que dice: "Los fieles (...) deben cuidarse de las asociaciones secretas, condenadas, sediciosas, sospechosas o que tratan de escapar a la legítima vigilancia de la Iglesia" ([63]). Pero, también en este caso, intervino, según la expresión de Esposito, «el cambio radical del Papa Juan» (pág. 344). De la historia, tenemos la versión ([64]), bastante detallada, de un protagonista, el abogado Omero Ranelletti ([65]), que desempeñó un papel similar (¡en pequeña escala, por supuesto!) al de su "hermano mayor", Jules Isaac. Las condenas y sospechas de la Iglesia molestaron a los rotarios, quienes tendrían dificultades para reclutar entre los católicos; por lo tanto, varias veces se intentaron "reconciliaciones"; en todos los intentos, Ranelletti jugó un papel importante. Las cosas le fueron mal en 1929. Le volvieron a ir mal en 1949-1950, cuando el presidente internacional Hodgson, el gobernador Lang y el secretario del Rotary Club de Roma, Gancia, intentaron conseguir una audiencia con Pío XII. Esperaron en el patio de San Dámaso permiso para subir a la sala de audiencias, pero la espera fue en vano. Las autoridades eclesiásticas, conscientes de sus cualificaciones rotarias, no permitieron la audiencia. El intento, **realizado en interés y por el bien de Rotary**, fracasó.

Tras la muerte de Pío XII, el nuevo presidente, Clifford A. Randall, escribió inmediatamente a Ranelletti: ¡solicita una audiencia con el recién elegido Juan XXIII! Ranelletti tanteó el terreno reuniéndose con el padre

Martegani (2 de diciembre de 1958) y luego se dirigió con confianza a monseñor Capovilla, secretario privado de Roncalli en Venecia y luego en el Vaticano. Capovilla era un viejo amigo (desde 1945) del presidente del Rotary Club de Venecia, Ambrosini, quien, escribiendo al propio Capovilla, describió a Roncalli como "**un Patriarca tan indulgente y comprensivo hacia la actividad rotaria**" ([67]). Ranelletti confirmaría: "El Papa Juan, durante su estancia como Patriarca en Venecia, había tenido oportunidad de encontrarse varias veces con los rotarios de la ciudad, y por tanto conocía bien nuestra institución" ([68]). Así, mientras el cercano arzobispo de Milán, el cardenal Schuster, incluyó a Rotary en la revista diocesana milanesa, entre las diversas "formas esotéricas de una Masonería única" ([69]) y Roma renovó sus condenas, ¡el Patriarca Roncalli estaba haciendo las paces con los hermanos rotarios! ¿Extraño? ¿verdad? Lo cierto es que, tras una llamada telefónica, Ranelletti y Capovilla se reunieron el 6 de febrero de 1959 y hablaron durante una hora. Capovilla, sobra decirlo, tuvo una "excelente impresión" de Ranelletti, quien, por su parte, le contó las dificultades de intentos fallidos del pasado. Esta vez, no fracasarían: el 25 de febrero, la secretaría de Monseñor Nasalli Rocca di Corneliano informó a Ranelletti que "el Santo Padre recibiría al presidente Randall en audiencia el 20 de abril". "Me alegro contigo", escribió Capovilla a Ranelletti el 2 de marzo siguiente. Ranelletti comunicó la buena noticia a Randall, "recomendándole la máxima confidencialidad", y luego escribió A Capovilla: "...en el formulario oficial para la audiencia con el Santo Padre (...) he precisado que —como se acordó con usted— esta audiencia se solicita para el abogado. Clifford A. Randall, **Presidente de Rotary International**, acompañado por su esposa, la Sra. Renata, por el ex Presidente Internacional G. P. Lang, por los Gobernadores en ejercicio del Rotary Club de Italia [Giovanni Di Raimondo y Leo Spaur] y por mí. Así, al homenaje de devoción que el Presidente Internacional se dispone a ofrecer a Su Santidad **en nombre de toda la familia rotaria**, distribuida en 111 países del mundo, se suma el homenaje especial (...) de nuestra familia rotaria italiana ([70]). ¡Claro que fue paradójico que la "familia rotaria", cuyos miembros católicos fueron registrados contra la voluntad de la Santa Sede, fuera recibida por Juan XXIII! El camarero secreto de turno se dio cuenta de ello y le dijo en dos ocasiones a Ranelletti que la audiencia se les había concedido como personas particulares, y no como rotarios. Ranelletti se opuso a los acuerdos alcanzados con Capovilla y se presentó "a la incomparable sonrisa de dulzura y amabilidad" del "Papa Juan" en su calidad de rotario, presentando el homenaje "de toda la familia rotaria del mundo"; ante lo cual Juan XXIII "tuvo para todos palabras de

bondad, consolándonos finalmente con su bendición apostólica” ([71]). El *Osservatore Romano* y la *Civiltà Cattolica* ignoraron la audiencia, de la que informaron todos los demás periódicos. Pero para entonces, los rotarios habían ganado. Toda resistencia se derrumbó cuando, «el 20 de marzo de 1963, el Papa Juan concedió a Rotary una segunda audiencia. A él acudieron los rotarios del distrito 188, el de Roma. (...) El grupo fue colocado muy cerca del trono papal. El Papa Juan ‘dirigió palabras de penetrante bondad e impartió su bendición paternal, extendida a todos los rotarios del mundo’». Los delegados rotarios, Gelati, Caria y Ranelletti, fueron presentados, esta vez, “en sus funciones oficiales” ([72]).

Dejamos al rotario Ubertone con el comentario final sobre este capítulo: «Si reflexionamos ahora sobre ciertas actitudes adoptadas en círculos católicos, sobre las acusaciones dirigidas a Rotary como una asociación ‘abiertamente hostil al catolicismo’, ‘cuya moral no es más que un disfraz de moral laica-masónica’ y las comparamos con la relación actual entre Rotary y la Iglesia; si pensamos en el rígido mandato al clero y a los católicos de ‘mantenerse alejados’ de Rotary y observar la presencia de sacerdotes y prelados como miembros en los Clubes, uno de los cuales, el padre Federico Weber S. J., era gobernador de un Distrito, nos parece que los hechos narrados por Ranelletti son crónicas de otro mundo. **Y de hecho se trataba de otro mundo**.

Hoy, mientras asistimos a reuniones ecuménicas al más alto nivel, nos parece inconcebible que se reproche a Rotary ‘abstenerse del control legítimo de la Iglesia’. E igualmente inconcebible, dada la actual apertura hacia todas las religiones, declaradas ‘dignas de respeto’, parece ser una postura tan severa hacia una asociación libre que se autoproclamaba restauradora de principios morales elevados en el ámbito profesional y empresarial, y cuyo único objetivo era el ‘bien común de la sociedad’. **El Papa Juan y el Concilio Vaticano II marcaron el punto de inflexión entre ambas épocas** ([73]).

Las negaciones de Monseñor Capovilla

Como hemos visto, todas las pistas convergen: Juan XXIII no se opuso a la Masonería, al contrario, la favoreció; ha adoptado al menos parcialmente sus principios; ha apoyado la posibilidad de ser, al mismo tiempo, católico y masón y, en consonancia con esta posición, probablemente él mismo fue iniciado en la Masonería. Ante pruebas tan contundentes y con testimonios, además, de gente que dice respetarle por ello, ¿nadie sale a defenderle? En verdad, una figura autorizada ha negado cualquier conspiración

entre la Masonería y Juan XXIII: su fiel secretario, el arzobispo Loris Francesco Capovilla. Que yo sepa, Capovilla intervino en dos ocasiones: la primera en 1976, con dos artículos en *L'Osservatore Romano*, y luego, más recientemente, con un libro-entrevista al sobrino de Juan XXIII, Marco Roncalli ([74]).

En 1976, Capovilla intervino indignado contra el libro de Pier Carpi, "*Las profecías del Papa Juan*". Escrito por un masón y publicado por una editorial masónica como Edizioni Mediterranee, el libro afirmaba, recordémoslo, la supuesta afiliación de Roncalli a los Rosacruces, en Turquía. Capovilla lo negó rotundamente, basando sus afirmaciones en la agenda y el registro de misas del entonces Nuncio en Turquía.

Nuevamente Capovilla vuelve sobre la cuestión, en la entrevista a Marco Roncalli (pág. 117). En este libro, Capovilla amplía un poco el tema, deteniéndose un poco más en las relaciones de Juan XXIII con la Masonería. Según Capovilla, los rumores de "conspiraciones masónicas destinadas a destruir la tradición y la unidad de la Iglesia" son "fantasías para provocar polémica" ([75]), cosas "inconcebibles" (pág. 89). "Actualmente", Capovilla descarta la "incorporación" en la Masonería; ¡Tal vez en el pasado... (pág. 88)! Tras lo cual rompe una lanza a favor de la Masonería americana, que "nunca se ha propuesto en conflicto con la religión" (ibid.). Pero cuando se trata de Juan XXIII, el fiel secretario se vuelve cauto, casi contradiciéndose... De hecho, menciona dos episodios, ambos de 1962: un telegrama recibido de una logia masónica expresando sus buenos deseos para su recuperación, y una nota manuscrita de Juan XXIII, tomada del *Diccionario Apologético de la Fe Católica*, relativa a las condenas papales a la Masonería. En cuanto al telegrama, Juan XXIII «indicó este criterio por escrito al Secretario de Estado: 'Se agradecen las cortesías. Pero no se aceptan compromisos verbales con la Masonería y similares'» ([76]). Según Capovilla, se trata de un distanciamiento, pero a mí me parece lo contrario: ¡ningún Papa había respondido jamás, ni educada ni groseramente, a cartas o telegramas de la Masonería!

El segundo dato, insignificante en sí mismo (la lista de condenas papales), adquiere importancia por el uso que Roncalli, si lo hubo, quiso hacer de él. "¿Tenía el Papa en mente una nueva condena?", preguntaron a Capovilla en 1979 dos jesuitas pro-masónicos, Ferrer Benimelli y Caprile ([77]). Entonces, Capovilla se sinceró un poco: "No creo que tuviera intención de proceder con una nueva condena —respondió—, pero quería conocer el asunto a fondo. Sin duda, pensaba en la *cautela* que debía reiterarse en los '**contactos**' y en cualquier '**negociación**'". En 1979, pues, Capovilla presenta a un Juan XXIII que no piensa en condenar la Masonería, sino en tener

con ella, aunque con cautela (*cautela*), “contactos” y “negociaciones”. En 1994, corrigió su objetivo, llegando incluso a un estilo abstruso: “Confirmo la sustancia de lo afirmado en el volumen citado”, pero... “explico el significado del adverbio cautelosamente. La cortesía nunca significará rendición. El encuentro y el diálogo nunca equivaldrán a compromisos y atenuaciones en cuanto a las condenas de la Masonería tal como aún lo es” (pág. 89). Y cuando se le pregunta si estas negociaciones tuvieron lugar, responde secamente: “Nunca he oído hablar de ellas” (ibid.).

¿Es creíble la defensa de Capovilla? Es legítimo dudar de ella. No sólo porque el primer argumento (los telegramas Masonería-vaticano) apoyaría más bien la acusación, y el segundo ha sido interpretado de modo diferente por el propio Capovilla, sino también por algunas omisiones reveladoras. De hecho, si no me equivoco, Capovilla nunca ha desmentido no sólo las declaraciones de los Grandes Maestros Gaito y Rangel, sino ni siquiera los tres libros del barón Marsaudon, verdaderamente condenatorios para Angelo Giuseppe Roncalli. ¿Por qué este silencio constante? Sin embargo, los libros de Marsaudon han sido retomados y citados por el Padre Esposito, por ejemplo, y es extraño que Capovilla, que está muy bien informado sobre Juan XXIII, no lo sepa. Parece que el libro de Pier Carpi de Gran Guiñolesco, un poco como las falsificaciones de Taxil en el pasado, ha servido como blanco falso para tratar de desacreditar un argumento mucho más seriamente fundado, como el de la afiliación masónica de Juan XXIII. Cualquiera que reivindique la iniciación de Roncalli será ridiculizado como seguidor de Pier Carpi, así como los partidarios del origen satánico de la Masonería son ridiculizados como epígonos de Leo Taxil. Se trataría pues de una clásica operación de distracción masónica, para ocultar la mano lo justo después de haber lanzado la piedra...

La Masonería y el ecumenismo

Tomo esta comparación del libro de Marsaudon: “El ecumenismo visto por un masón de tradición. El lema del íntimo amigo de Juan XXIII es (tomado del ritual masónico) perfectamente ecuménico: «*Ad dissipata colligenda*: reunir lo disperso» (pág. 59). Se puede decir que el ecumenismo es el hijo legítimo de la Masonería, que une, en una tradición superior y al servicio del hombre, a todas las confesiones religiosas... «Pensemos, por ejemplo —escribió Marsaudon—, en la famosa bula de excomunión emitida por Clemente XII contra nuestros predecesores (...). Hoy conocemos las verdaderas razones de su promulgación. Clemente XII simplemente negó a nuestros predecesores la posibilidad de recibir a seguidores de diferentes

confesiones. En nuestros días, nuestro hermano Franklin Roosevelt ha exigido para todos los hombres la posibilidad de «adorar a Dios según los propios principios y convicciones». ¡Aquí hay tolerancia, y aquí también hay ecumenismo! Nosotros, masones tradicionales, nos permitimos parafrasear y transponer esta palabra de un célebre estadista, adaptándola "a las circunstancias: católicos, ortodoxos, protestantes, israelitas, musulmanes, hindúes, budistas, librepensadores y libres creyentes, son, para nosotros, sólo nombres; el apellido es: masones" (pág. 126). Pío IX y el propio León XIII están, no nos atrevemos a decir condenados, sino singularmente olvidados. Al comienzo de este ensayo, citamos a R. P. Lépicier, quien murió como cardenal y fue un feroz perseguidor de herejes. Hoy, no solo hablamos de un acercamiento, sino —y **esta es la revolución deseada por Juan XXIII, de libertad de conciencia**. Creemos que un masón digno de tal nombre, que fue el primero en comprometerse con la práctica de la tolerancia, no puede felicitarse sin reservas por los resultados irreversibles del Concilio, cualesquiera que sean sus conclusiones momentáneas. (...) Era evidente que incluso la Iglesia más dogmática tendría que, algún día, desaparecer o adaptarse, y para adaptarse, volver a las fuentes. Con todos los cristianos verdaderamente sinceros, solo podemos esperar: esperar que Juan XXIII no viviera, no trabajara, orara, sufriera, que no muriera en vano. (págs. 119-120).

Tal vez no sea casualidad entonces que el primer gesto sensacional de Juan XXIII en materia de ecumenismo concerniera a un masón, el primado anglicano Geoffrey F. Fisher, "arzobispo" de Canterbury, recibido en el Vaticano el 2 de diciembre de 1960. El ex Gran Maestro Gamberini escribe: "Iniciado en la *Antigua Logia Reptoniana nº 3725* de la Gran Logia de Inglaterra en 1916", Fisher "en 1939 ocupó el cargo de Gran Capellán en esta Gran Logia Madre del mundo, que en la Masonería latino-católica se indica con el término de Gran Orador" ([78]). El padre Esposito pregunta: "¿El hecho de que hubiera sido miembro, y quizá todavía fuera miembro activo, de la Logia influyó en el inicio del diálogo Roma-Londres, que empezó con el propio Fisher?" Naturalmente, es sorprendente el encuentro, utilizando las palabras de Esposito, de «dos Papas y dos jerarcas iniciados» (Juan XXIII y Fisher, Pablo VI y Atenágoras; a los que habría que añadir el súper iniciado Julio Isaac) ([79]). ¿Acaso Juan XXIII no sabía que Fisher no sólo era un hereje, sino también masón? Es difícil pensar así, ya que la iniciación de las jerarquías anglicanas en la Masonería es una práctica bien probada ([80]).

El próximo episodio estará pues dedicado al ecumenismo de Juan XXIII. Otra forma de hablar de su Masonería...

Notas

1) *La logia es una casa de cristal*. Entrevista de FABIO ANDRIOLA a VIRGILIO GAITO, publicada en *L'Italia settimanale* el 26 de enero de 1994 (n. 3), página 74.

2) *Giuliano il Teísta*. Entrevista de GIOVANNI CUBEDDU a VIRGILIO GAITO, publicada en *Trenta Giorni*, nº 2 de febrero de 1994, pág. 29.

3) «Estaba en París cuando los no iniciados Angelo Roncalli y Giovanni Montini fueron iniciados, el mismo día, en los augustos misterios de la hermandad. "Por lo tanto, no es extraño que muchas cosas que se lograron en el Concilio Vaticano II, por Juan XXIII, se basen en principios y postulados masónicos" *Da Proceso* nº 832, 10/12/1992, citado por *C.D.L. Reporter*, mayo de 1995, nº 179, pág. 14.

4) Cf. *Sodalitium*, nº 25, págs. 34-35.

5) Cf. *Sodalitium*, nº 25, págs. 22-37, y nº 26, págs. 3-11.

6) Cf. PADRE ROSARIO ESPOSITO S.S.P., *Santi e massoni al servizio dell'uomo*, Bastogi, Foggia, 1992, pag. 216.

7) Cf. MAURIZIO BLONDET, *Gli 'A delphi' della dissoluzione*, Ares, Milán, 1994, págs. 49-51.

8) Cf. *Sodalitium*, nº 27, págs. 17-24, nº 28, págs. 19-28.

9) ALDO ALESSANDRO MOLA, *Storia della Massoneria italiana dall'Unità alla*, Bompiani, Milán, 1976, págs. 548 y 624.

10) FRAY C. SANTE, De *Don Miguel Matéu Pía al cisma, pasando por el Nuncio Roncalli*, en *Que Pasa?* norte. 459, de 14 de octubre de 1972, citado por TOMÁS TELLO, *Sombras y penumbras de la figura Roncalli* (alias Juan XXIII), con el autor, pág. 21 y 22.

11) Para ser precisos, son: *Æcumenisme vu par un Franc-Maçon de Tradition*, Vitiano, París, 1964 (con prefacio de Charles Riandey, Gran Comendador del Supremo Consejo de Francia, Rito Escocés Antiguo y Aceptado, y dedicatoria "a la memoria de Angelo Roncalli... Al Padre de todos los cristianos, al Amigo de todos los Hombres, a su Augusto continuador, Su Santidad el Papa Pablo VI"): *De l'iniciation maçonnique à l'orthodoxie chrétienne*, Dervy, París, 1965: *Souvenirs et réflections: un haut dignitaire de la Franc-Maçonnerie de tradition révéler ses secrets*, Vitiano, París, 1976.

12) Oswald Wirth (1865-1943), iniciado en la Masonería en 1882 (Gran Logia de Francia), reaccionó contra el abandono del simbolismo por parte de muchos masones, encontrándose así en sintonía con otro conocido

francmasón espiritualista, René Guénon (1886-1951). Cf. Wirth fue, a su vez, secretario y discípulo favorito de Stanislas de Guaita (1861-1897), fundador de la orden cabalística de los Rosacruces, ocultista, morfinómano, acusado de satanismo (injustamente, según Introvigne, a pesar de libros que escribió como *II templo di Satana*, *La chiave della magia ñera* e *Saggio di scienze maledette*). A su vez, de Guaita consideraba al famoso mago cabalista Eliphas Levi (seudónimo del antiguo abad Alphonse-Louis Constant) como "Maestro de Maestros". Una curiosidad: de Guaita era muy amigo del conocido literato Maurice Barres, con quien también fundó una orden martinista. Además del diccionario de Mellor (un conocido masón católico), véase también MASSIMO INTROVIGNE, *II Cappello del Mago*, Sugarco, Milán, 1990, págs. 152-154,187-189, 225.

13) Cf. MARSAUDON, *L'Æcumenisme...*, *op. cit.*, pág. 45. Toda la información biográfica sobre Marsaudon ha sido tomada de la misma obra, págs. 20 y 44.

14) Cf. MARSAUDON, SOUVENIRS..., *op. cit.*: No he podido consultar el libro, por lo que cito de TELLO, Sombras..., *op. cit.*, pág. 7.

15) Cf. MARSAIDON, *L'Æcumenisme...*, *op. cit.*, págs. 45-46, *Souvenirs...*, en TELLO, *op. cit.*, pág. 7.

16) MARSAUDON, *L'Æcumenisme...*, *op. cit.*, pág. 45.

17) MARSAUDON, *Souvenirs...*, *op. cit.*, pág. 263.

18) MARSAUDON, *De 1'iniciación...*, *op. cit.*, págs. 135-136, referido por ROSARIO F. ESPOSITO S. S. P., *Le grandi concordanze tra Chiesa e Massoneria*, Nardini, Florencia, 1987, págs. 390-391.

19) Cf. *Sodalitium*, nº 28, págs. 26-27, donde se reproduce íntegramente la cita de Burckhardt.

20) Cf. *Documentation Catholique*, año 1961, columnas 1193 y 1262 (Breves y nuevas Constituciones), columna 1477 (El Cardenal Giobbe es nombrado Patrón de la Orden), y año 1962, columna 1029 (elección del nuevo Gran Maestre).

21) Cf. PROSPER JARDÍN, *Les Chevaliers de Malte. Une perpetuelle croisade*, Librairie Academique Perrin, París, 1974, páginas. 305-308. Existe también una rama separada de la confesión luterana, la Johanniter Orden (cf. págs. 299-303).

22) Si hemos insistido un poco en la cuestión de la Orden de Malta, es porque es interesante desde un punto de vista ecuménico. Precisamente por ser Soberana, (la Orden) ha podido admitir en su seno a Caballeros de confesión ortodoxa. Una asociación rumana, creada inicialmente en París, se ha

instalado ahora en la misma sede del Gran Maestre [en Roma]. Quizás no sea inútil recordar que el zar Pablo I fue Gran Maestre de la Orden. Marsaudon, *L'Æcumenisme..., op. cit.*, pág. 40.

23) La Masonería siempre ha tenido predilección por las órdenes de caballería, ya que se considera una continuación de la Orden de los Templarios.

24) Marsaudon afirma haber sido presentado al Ministro de la Orden en Francia, de Pierredon, por un francmasón de alto grado, Caballero de Malta, y que el presidente de la Asociación Hospitalaria de las Obras de la Orden en Francia, Justin Godard, antiguo Ministro de Salud, también era masón (*L'Æcumenisme..., op. cit.*, pág. 44). Mola (*op. cit.*, pág. 599, nota 4) habla de la "penetración de las corrientes esotéricas y, en particular, del mesmerismo en el seno de la Orden de los Caballeros de Malta", remitiendo al lector a la obra de ERNLE BRADFORD, *Lo scudo e la spada. Storia dei Cavalieri di Malta.* Mursia, Milán, 1975, págs. 201-203.

25) Nicola Canali (1874-1961), ordenado sacerdote en 1900, secretario y compañero de Merry del Val, a quien mostró una lealtad inquebrantable incluso después de su muerte (trabajó y logró abrir el proceso de su canonización), y quien rechazó cualquier cargo diplomático para permanecer a su servicio. Sustituto en la Secretaría de Estado en 1908, secretario de la Congregación Ceremonial en 1914, asesor del Santo Oficio en 1926 (del cual Merry del Val era secretario en ese momento), cardenal diácono en 1935 y gran penitenciario, gran prior de la Orden de Malta y gran maestre de la Orden del Santo Sepulcro, dirigió toda la administración material y financiera del Vaticano bajo Pío XII (ÉMILE POULAT, *Integrisme et catholicisme integral*, Casterman, Tournai, 1969, pág. 587). El libro más conocido sobre el caso de la Orden de Malta, juzgado "de carácter escandaloso" por el historiador Andrea Riccardi (II partito romano, Morcelliana Brescia 1983, pág. 61 nota 83), es el del conocido y controvertido escritor ROGER REYREFITTE (*I cavaliere di Malta*, Florencia, 1957) en el que hay también numerosas referencias a la personalidad del cardenal Canali.

26) Véanse las acusaciones de MARSAUDON, en su libro *L'Æcumenisme..., op. cit*, pág. 39, y de JARDIN, *op. cit*, pág. 313.

27) Cf. MARSAUDON, *L'Æcumenisme..., op. cit.*, pág. 21.

28) Franco Bellegrandi, ex camarero de espadas y capa de Su Santidad y colaborador de *L'Osservatore Romano*, escribió un libro en 1977 que fue publicado recién en 1994, y también presentado públicamente en Roma con cierta sensación en la prensa nacional, ya que entre los participantes en la presentación estaba el cardenal Silvio Oddi. El libro, publicado por

E.I.L.E.S. de Roma y titulado *Nichitaroncalli. Contra-Vida de un Papa*, apoya muchas de las tesis de la serie de artículos que el *Sodalitium* está publicando. Su principal defecto, sin embargo, en nuestra opinión, consiste en el estilo irreverente del autor y en la casi total falta de documentación: Bellegrandi relata las habladurías (o los hechos que presenció) del Tribunal Vaticano al que pertenecía, sin distinguir entre noticias serias y charlatanería infundada. Por esta razón, incluso en círculos "tradicionalistas" (por ejemplo, en la revista toscana *Controrivoluzione*) el libro de Bellegrandi fue criticado duramente. Sin embargo, no me parece que todas las declaraciones de Franco Bellegrandi deban considerarse poco fiables, ya que pueden ser muy útiles si se respaldan con las pruebas necesarias.

29) F. BELLEGRANDI, *Nichitaroncalli*, *op. cit.*, págs. 59-61.

30) A. A. MOLA, *op. cit.*, pág. 628.

31) Cf. A. A. MOLA, *op. cit.*, pág. 626; R. ESPOSITO, *Le grandi concordanze...*, *op. cit.*, págs. 119, 388, 409.

32) Juan XXIII recibió la Orden de Malta el 24 de junio de 1961, Canali murió el 2 de agosto del mismo año. Andrea Riccardi, en La «fiesta romana» en la segunda posguerra (1945-1954), Morcelliana, Brescia, 1983, pág. 62, nº 83, capta agudamente, en unas pocas líneas de Roncalli, su desprecio por Canali: "Juan XXIII escribe al cardenal Testa a propósito del papel de Canali: 'el lugar ocupado a su manera por el difunto cardenal Canali...' (9-8-1961, en GIOVANNI XXIII, Lettera *1958-1963*, editado por L. F. Capovilla, Roma, 1978, pág. 307).

33) Cf. *Sodalitium*, nº 29, págs. 3-5.

34) Cf., *Sodalitium*, nº 32, págs. 29-31.

35) Cf. *Sodalitium*, nº 33, pág. 22.

36) BENNY LAI, *I segreti del Vaticano da Pió X II a papa Wojtyla*, Laterza, Roma-Bari, 1984, págs. 82 83; *Papa non eletto. Giuseppe Siri, Cardinale di Santa R omana Chiesa*, Latereza, Roma-Bari, 1993, pág. 202, nº 7.

37) GIULIO ANDREOTTI, *A ogni morte di Papa. I Papi che ho conosciuto*, Rizzoli, Milán, 1980, pág. 106. El senador vitalicio Giulio Andreotti, protagonista de la política italiana desde la posguerra hasta nuestros días, está siendo sometido a juicio por presunta connivencia con la mafia y la Masonería o, mejor dicho, con la mafia a través de la Masonería. Según algunos acusadores, él era el verdadero jefe de la Logia Masónica Propaganda 2 (P2). Según otros, los contactos con la mafia comenzaron cuando,

a petición de Pablo VI, intervino para proteger al financiero (y masón) siciliano Sindona, que luego se suicidó (?) en prisión.

38) BENNY LAI, *Il Papa no electo*, *op. cit.*, pág. 202, nº 7.

39) Es sabido que han circulado numerosas listas, más o menos fiables, de prelados inscritos en la Masonería. Entre las diversas supuestas afiliaciones, una está particularmente bien documentada, la de Franziskus König, arzobispo de Viena desde 1956, creado cardenal por Juan XXIII el 15 de diciembre de 1958. El bien informado Roberto Fabiani, sin vacilaciones ni pelos en la lengua, afirma que el cardenal König es masón, especificando su pertenencia a la logia cubierta "Giustizia e Libertà" de la Masonería de Piazza del Gesù. Cf. Español Roberto FABIANI, *I Massoni en Italia*, *L'Espresso* 1978, Farigliano, págs. 78 y 130. En todo caso, siguiendo a su predecesor, el cardenal Innitzer, König fue una figura muy activa en el diálogo con la Masonería, cf. R. ESPÓSITO, *Legrandi concordanze...*, *op. cit.*, págs. 26, 126, 163- 167; R. Espósito, *La riconciliazione tra la Chiesa e la Massoneria*, Longo, Ravenna, pag. 12. König fue un gran elector de Karol Wojtyla en el último Cónclave.

40) BENNY LAI, *I segreti...*, *op. cit.*, pág. 84.

41) *Ibid.*, pág. 83.

42) Cf. B. LAI, *Il segreti...*, *op. cit.*, pág. 85, B. LAI, *Il Papa...*, *op. cit.*, página 202, G. AANDRREOTTI, *op. cit.*, pág. 106. Era la víspera del Cónclave.

43) PABLO VI, discurso del 21 de junio de 1972, cit. en *L'attivita della Santa Sede*, Imprenta Políglota del Vaticano, 1972, pág. 221.

44) Cf. F. BELLEGRANDI, *op. cit.*, págs. 61-62.

45) MARSAUDON, *L'Æcuménisme...*, *op. cit.*, pág. 47.

46) A. A. MOLA, *op. cit.*, págs. 598-599.

47) Se podría objetar que el Sínodo de 1960, en el art. 247, reanudó la condena de la Masonería sobre la base del can. 2335 del C.J.C.. Sin embargo, el P. Esposito observa: «Se trata de un cumplimiento que tiene la apariencia de un producto de la fuerza de la inercia y que parece corresponder sólo parcialmente a la "mens" del Pontífice. Todo se hace de forma automática, sin siquiera considerar el problema de las situaciones históricas cambiantes y las repercusiones que éstas han tenido tanto en la Iglesia como en la Masonería. De igual manera, en teoría ciertamente no suavizó la mentalidad de la Iglesia hacia el comunismo, mientras que en su comportamiento concreto realizó gestos cuya bondad y fraternidad —pensemos en la

audiencia concedida a Agiubei, yerno de Jruschov— no requieren comentario alguno (P. ESPOSITO *Santi e Massoni... op. cit.*, pág. 213). El propio Capovilla, secretario de Juan XXIII, aunque consciente de la prescripción del Sínodo Romano, reitera que Juan XXIII no hizo nuevas condenas a la Masonería. (*Giovanni XXIII* en memoria del secretario Loris F. Capovilla. Entrevista de Marco Roncalli con documentos inéditos. San Paolo, Cinisello Balsamo, 1994, págs. 87-90 y 117).

48) R. ESPOSITO, *La riconciliazione..., op; cit.*, pág. 34 y nº 2.

49) Y esto a pesar de las reivindicaciones de la Alianza Católica. El nuevo "Código de Derecho Canónico" de 1983 ya ni siquiera menciona la Masonería y deroga la excomunión prevista por el canon 2335 del Código de Derecho Canónico (el único auténtico, el de 1917). Para evitar las reacciones de los católicos, el cardenal Ratzinger tuvo que hacer una "declaración sobre las asociaciones masónicas" el 26 de noviembre de 1983, en la que afirmaba que todavía está prohibido unirse a la Masonería y que, por tanto, los transgresores están en estado de pecado mortal y no pueden recibir la Eucaristía. Se trata sin duda de un paso atrás respecto a la decisión del predecesor de Ratzinger, el cardenal Seper, que autorizó la doble pertenencia (a la Iglesia y a algunas obediencias masónicas), pero no se trata, sin embargo, de una cuestión de excomunión, que ya no está contemplada por la nueva ley. Y la táctica de dos pasos adelante y uno atrás... Sobre la cuestión véase DON CURZIO NITOGLIA, Infiltraciones judeo-masónicas en la Iglesia romana, en *Sodalitium*, nº 38, págs. 17-29 (especialmente 22-23: *La falsa restaurazone degli anni 80*).

50) Cf. *Dichiarazione collettiva dell episcopato argentino* del 20 de febrero de 1959 (en *Documentation Catholique*, col. 483-488) y *Lettera pastorale collettiva degli arcivescovi e vescovi del Ruanda-Urundi* (en *Documentation Catholique*, 1961, col. 511-532).

51) Cf. J. PLONCARD D'AASSAC, *Les secret des Franc-Maçon*s, ed. de Chiré 1979, pág. 169.

52) LEÓN DA PONCINS, *Infiltrations ennemies dans l'Eglise, Documents et témoignages*, París 1970 págs. 85-88.

53) Coloquio católico-masónico de Ariccia del 20 de abril de 1970, en R. ESPOSITO, *Reconciliación..., op. cit*, pág. 79.

54) Debate católico-masónico en Lecce, 24 de febrero de 1979, *op. cit.*, pág. 114.

55) *Ibid.*, pág. 122.

56) ALEC mellor, *op. cit.*, pág. 114.

57) R. FABIANI, *op. cit.*, pág. 85.

58) Artículo publicado en El País, Madrid, 10 de marzo de 1985, traducido por Hiram, Roma, abril de 1985, y reseñado por R. ESPOSITO, *Le grandi concordanze...*, *op. cit.*, pág. 84.

59) MARSAUDON, *De 1'iniciation...*, *op. cit.*, págs. 135-136; citado por R. ESPOSITO, *Le grandi conccordanze...*, *op. cit.*, pág. 391.

60) R. ESPOSITO, *Le grandi conccordanze... op. cit.*, págs. 251-252

61) *Ibid.*, pág. 313 y 301.

62) GIUSEPPE PREZZOLINI, En el club rotario están todos los "mejores de la clase", artículo publicado en *Il Tempo* de Roma, 10 de marzo de 1955.

63) Un artículo de la *Civiltà Cattolica* especificará que la calificación atribuida a Rotary es la de asociación "sospechosa".

64) OMERO RANELLETTI, *La Chiesa cattolica e il Rotary Internazionale*, en *Realtà Nuova*, revista mensual de los Clubes Rotarios de Italia, Milán, nº 4 de abril de 1972. El autor se ocupó de su actualización y reedición en 1975. Cito de la última edición: OMERO RANELLETTI, *II Rotary e la Chiesa cattolica*, Quaderni di Realtà Nuova, Istituto culturale rotariano, Turín, 1991, con prefacio de Alessandro Ubertone y artículo sobre el autor de Antonio de Majo.

65) Nacido en Celano en 1885, murió en 1979, a la edad de 94 años. Ranelletti se proclama un ferviente católico, pero hay motivos para dudarlo, y no sólo por los altos cargos rotarios que ocupó durante mucho tiempo, desde que fundó el Club en Roma en 1924. De hecho, fue jefe de Gabinete del Ministerio de Instrucción Pública durante muchos años, y hasta 1920, bajo el ministro Ruffini y en el gobierno de Nitti. El senador Ruffini, liberal, profesor de derecho eclesiástico, fue un tenaz defensor de la libertad religiosa, además de la Masonería; Nitti, también liberal, es citado como afiliado por algunos autores (cf., para el tema debatido, GIANNI VANNONI, *Massoneria, Fascismo e Chiesa Cattolica*, Laterza, Bari, 1979, pág. 71). Tras dejar el Ministerio —nos informa Ubertone—, trabajó con el señor Andrea Torre en la fundación y dirección administrativa del periódico de oposición al régimen fascista, *II Mondo*, con el que colaboró, abordando problemas escolares y culturales, en leal colaboración con Giovanni Amendola, Meuccio Ruini, Alberto Cianea y otros, hasta 1925, cuando el periódico tuvo que cesar su publicación. Ahora, Ton. Ruini era, notoriamente, un alto funcionario de la Masonería (cf. MOLA, *op. cit.*, pág. 258); El Honorable También eran masones. Torre (cf. MOLA, op; cit., pág. 389) y el honorable Amendola (cf. VANNONI, *op. cit.*, págs. 75 y nota 25 de la pág. 84; para

Mola esto es probable, cf. pág. 492) y, como sugiere Mola, también Alberto Cianea (cf. pág. 615). ¿Es posible que sólo Ranelletti, en esta hermosa congregación de masones y pro-masones, fuera un "católico de tiempo completo" (cf. RANELLETTI, pág. 87)?

66) O. RANELLETTI, *op. cit.*, pág. 86.

67) *Ibid.*, pág. 88. Carta de Lando Ambrosini a Mons. Capovilla, de 22 de diciembre de 1958.

68) *Ibid.*, pág. 91.

69) Revista diocesana milanesa, nov. 1949, págs. 240-241, cit. de R. ESPOSITO, *Le grandi concordanze...* pag. 342.

70) O. RANELLETTI, *op. cit*, págs. 89-90.

71) *Ibid.*, pág. 91

72) *Ibid.*, pág. 93, y R. ESPOSITO, *Le grandi concordanze...*, *op. cit*, pág. 346.

73) Prefacio a O. Ranelletti, *op. cit.*, pág. 5.

74) *L'Osservatore Romano* del 15-16 de noviembre de 1976 (Declaración de S.E. Mons. Capovilla. Falsa y desvirtuadora de la obra «Las profecías del Papa Juan») y del 23 de diciembre de 1976. *Giovanni XXIII*, en memoria del secretario Loris F. Capovilla. Entrevista de Marco Roncalli con documentos inéditos. San Paolo, Cinisello Balsamo, 1994, págs. 87-90 y 117.

75) Prueba de ello, continúa Capovilla, es que entre los "protagonistas de la reforma anunciada por el Papa Juan" había personas irreprochables como Lercaro, Bugnini, Pellegrino y Bevilacqua. (*op. cit.*, pág. 87).

76) La nota está fechada el 6 de diciembre de 1962; Yo soy quien pone los caracteres en negrita. La cita está tomada de *L'Osservatore Romano*, 15-16 de noviembre de 1976.

77) JOSÉ A. FERRER BENIMELI - GIOVANNI CAPRILE, *Massoneria e chiesa cattolica. Ieri, oggi e domani*, Roma, 1979, pág. 71, cit. de RONCALLI - CAPOVILLA, páginas. 88-89.

78) Giordano GAMBERINI, *Mille volti di massoni*, Roma, Erasmo, 1975, pag. 229, cit. de R. ESPOSITO, *Santi e massones...*, *op. cit.*, pág. 214.

79) R. ESPOSITO, Santos y masones..., *op. cit.*, pág. 213.

80) Esposito cita estudios según los cuales en 1955 había hasta 17 "obispos" anglicanos y 500 "prelados" anglicanos solo en los últimos y más altos grados masónicos. (*op. cit.*, pág. 214).